

El gran susto de Petronila

Mary Grueso Romero



Colección de Cuentos Ilustrados de Niños Afrocolombianos Pelito de
Chacarrás

Mary Grueso Romero

En un lugar de la Costa Pacífica de Colombia, en un pequeño caserío llamado Chuare Napi, en Guapi, en el departamento del Cauca, nació en 1947, una hermosa niña negra, en el hogar de Wilfredo Grueso y Eustaquia Romero. Su abuelo, Martin Romero, el papá de su mamá, se la llevó desde muy chiquita a vivir junto a él, en una casa muy grande, en Guapi, y allí la pequeña Mary hizo sus estudios de primaria. Aprendió de las canciones que le escuchaba a su mamá, Eustaquia, mientras nació realizaba sus quehaceres recitando poemas y décimas. Luego, de sus tíos Quintiliano y Julio Romero, de su abuelo y de su padre, de todos ellos recibió su amor por la palabra. Aquellas historias de esclavos llegados a Colombia, en barcos que venían envueltos en sombras de tambora. Para luego conocer el chontaduro, el asombro de las tardes del litoral y el Orgullo de ser negra que le corre por su sangre.

En las noches, junto a su abuelo, pescaba estrellas y hablaba con ese Dios de sus sueños y cosía palabras con retacitos de mar, de cielo, de lágrimas. Imaginaba ya un Dios negro por las calles de su pueblo, un Dios redondito como ella, pescador de sueños y de luceros marinos,

habitante de los manglares, tomador de viche y cantador de penas, al arrullo de las olas.

Cuando se enamoró del que fue su esposo, Moisés Zúñiga, Mary, la mujer, encontró una escalerita por donde subir, para luego ser la poeta que hoy es. Su esposo fue quien la animó a estudiar para ser maestra, y luego para que entrara a la Universidad del Quindío a estudiar Español y Literatura, y se especializara en esa misma Universidad, en Enseñanza de la Literatura.

En Roldanillo, Valle, habían escuchado su fuerte voz venida del Puerto de Buenaventura, y con su canto de palmera y movimientos de sirena, se robó los corazones del pintor, Omar Rayo y de la poeta, Águeda Pizarro, quienes la hicieron su amiga, y la nombraron Almanegra del Encuentro de Mujeres Poetas Colombianas, que se realiza cada año en el Museo Rayo.

Es ella quien eleva la cultura de su tierra y lleva la palabra negra en su piel, en su frente y en su alma. Fue reconocida en el 2010, por la Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer y la Cámara de Comercio de Cali, como Una de las Cien Mujeres más destacadas en el Valle del Cauca. Cuenta con cinco libros de poesía publicados. El Ministerio de Cultura, le otorgó a Mary Grueso Romero, el Premio a la Dedicación para el enriquecimiento para la Cultura ancestral, de las

Comunidades Negras Raizales, Palenqueras y Afrocolombianas, Bogotá,
2012.

Patricia Inés Jaramillo

Poeta

EL GRAN SUSTO DE PETRONILA

©Mary Grueso Romero, 2016

marydircultura@gmail.com

ISBN: 978-958-8416-63-2

Primera impresión

Bogotá, marzo de 2016

Diseño Carátula y Diagramación

Leonardo Guerrero Zárate

direccion@monocromaticos.com

Ilustración de Carátula

De la artista afrocolombiana: Vanessa Castillo

mykprojecr@live.com

Ilustraciones interiores:

De la artista afrocolombiana Vanessa Castillo

mykprojecr@live.com

Fotografia de Mary Grueso

Saul Monard Café Pacifico Buenventura

Apidama Ediciones Ltda.

apidamaediciones2002@gmail.com

Calle 127C No. 5-28 Torre C. Of. 525

Teléfono: (071) 626 50 46

Bogotá-Colombia

Impresión:

Editorial Gente Nueva

Cra 17 No. 30-16

Tel. (071) 320 21 88

Bogotá - Colombia

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

El Gran Susto de Petronila

La negra Petronila estaba cogiendo chontaduros en Córdoba. Ya había tumbado varios racimos. Estaba tan entretenida que no se dio cuenta de que se iba la luz y venía la oscuridad. Empezó a bajar y a subir lentamente, la palanca larga y delgada con un garabato o gancho en el extremo opuesto, que había utilizado para coger los chontaduros. Después pisó un extremo y la palanca se vino a tierra, en forma rápida y acelerada.

Fue en ese momento, cuando observó que la hierba se movía en forma de Zigzag y luego aparecía ante sus ojos como una larga y gruesa culebra, con el cuerpo cubierto de escamas con unas líneas anchas y delgadas de color blanco y negro.

El pánico se apoderó de la joven, sus ojos dilatados se querían salir de sus órbitas, abría y cerraba la boca sin que de ella saliera ningún sonido. Llevándose las manos a la garganta, la oprimía y apretaba, como un ordeñador sacando leche a la ubre de la vaca, mientras la orina salía a borbotones, sin pedir permiso del lugar donde estaba represada.

De pronto, la voz le salió a raudales, como un dique desbordado, y comenzó a gritar con gran angustia y desesperación, a medida que el peligro se acercaba:

¡Socorrooooo, auxiliooooo, mano Juan! ¡Primo Tomás, ánimas benditas!

¡Esta fiera me va a picar!

Para alivio y descanso de Petronila apareció el primo Tomás. Lentamente y con mucha cautela, colocándose al lado opuesto, le dio un certero machetazo al animal, partiéndolo en dos, y cada pedazo hacía círculos, cerrando y abriendo sus extremos en una línea ondulada.

A renglón seguido, le dio unos cuantos planazos hasta que la culebra quedó quieta y extendida sobre la tierra.

Petronila corrió a los brazos de Tomás, con lágrimas en los ojos, volviéndole el alma al cuerpo, mientras un crespón negro cubría el horizonte.

Después del primer momento Tomás, poco a poco y lentamente, desprendió de sus brazos a Petronila, se acercó donde estaba la culebra y con la punta del machete cavó un hoyo en la tierra y enterró la culebra. Después ante la mirada impávida de Petronila, organizó la yunta de chontaduro y salieron a la carrilera a esperar la brujita que los sacara a la carretera y tomar el vehículo que los llevara a Buenaventura.

Todo estaba en tinieblas, ya no se oían los cantos de las cuaritas depredadoras de los chontaduros, habían volado a sus nidos, el canto de los grillos y la luz de los cocuyos, eran la única señal de seres vivos y ya

se sentía el olor a lluvia, que es característico del Pacífico, y antecede al aguacero.

Todo estaba en silencio, en el trayecto no cruzaron una sola palabra. Antes de llegar a la casa, vieron un tumulto de personas al frente y al lado. Doña Matilde había alertado a los vecinos que su hija se había ido a Córdoba a coger chontaduro y ya eran pasadas las 7 de la noche y no llegaba, la comunidad se estaba organizando para que una comisión fuera a buscarla.

Entonces, alguien del grupo gritó: ¡Ya llegó, véanla, ya llegó! La madre corrió a encontrarla, en el mismo momento en que la joven corrió donde su madre y se fueron en un abrazo fuerte -como sabemos abrazar en el Pacífico- lleno de sentimiento, mientras las lágrimas corrían libremente por sus mejillas, igual que la de todos los espectadores y la madre le prometió nunca más dejarla ir a coger chontaduros sola.

Se acabó mi cuento, ya sea mentira o verdad, que se lo lleve el viento a recorrer la mar.

Evocando una tarde

Recuerdo aquella tarde,

cuando juntos paseábamos,

bajo un sol brillante

y un cielo azul de mar.

El parque estaba lleno

de niños que jugaban

persiguiendo gaviotas

queriéndolas alcanzar.

Nos miramos a los ojos

sonreímos al unísono

pensando en lo quimérico

de aquella labor.

Un vendedor de cremas
empujando un carrito
sonreía admirando
esta situación.

Una señora negra
de cuerpo rollizo
llevaba en la cabeza
un bandejón
de cocadas con queso.

Ofrecíalas a gritos
y la turba la arrastra
y tira la producción.

La señora asustada

ante este atropello

no atina a entender

lo que pasó.

Un terremoto de niños

paso por su lado

ya las cocadas con queso

dijo adiós.

Así cual la lechera

sin nada se quedó.

Sus sueños se frustraron

cual gaviotas volaron

hasta el centro del mar.

Los niños impotentes

sin poder hacer nada,

miraban la señora

con ganas de llorar.

El gran susto de Petronila

La Asamblea General de la ONU proclamó 2015-2024, como el Decenio Internacional de los Afrodescendientes. En el marco de este Decenio, Mary Grueso Romero nos presenta un nuevo cuento: El gran susto de Petronila, el cual viene a enriquecer su importante Colección de Cuentos Ilustrados de Niños Afrocolombianos: Pelito de Chacarrás.

En un país pluriétnico como lo es Colombia, su diversidad se constituye en su mayor fortaleza con esta Colección, Apidama Ediciones le está dando el verdadero valor que poseen las historias de los afrodescendientes, cuyas leyendas y cuentos circulan en el mercado, desde abril de 2011, fecha en la cual nuestro sello publicó el primer cuento de esta Colección: La Muñeca Negra.

El talento de esta autora como poeta y escritora, la ha convertido en la primera Mujer afrocolombiana que goza de un gran prestigio, tanto a nivel nacional como internacional. En el 2009, tres mil niños y niñas de Buenaventura leyeron El gran susto de Petronila, en el Coliseo el Cristal, en un Homenaje organizado para Mary Grueso Romero, por la Biblioteca Departamental del Valle: Jorge Garcés Borrero, la cual le hizo este reconocimiento y exaltación: La poesía, territorio del alma, a la vida y obra de 15 poetas vallecaucanos, (dentro de los cuales se encuentra

Mary Grueso Romero) quienes han posicionado al Valle del Cauca en la Literatura Latinoamericana. Cali, 2010.

Además, fue reconocida en el 2010, por la Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer y la Cámara de Comercio de Cali, como Una de las Cien Mujeres más destacadas en el Valle del Cauca. El Ministerio de Cultura, le otorgó el Premio vida y obra, por su Dedicación al enriquecimiento de la Cultura ancestral, de las Comunidades Negras Raizales, Palenqueras y Afrocolombianas, Bogotá, 2012.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, D.C. Agosto 2021